

## PERSPECTIVAS SOBRE LA UNIVERSIDAD DE LA ERA TÉCNICA

**Jorge Acevedo**

Desde un punto de vista filosófico, es posible abordar el tema de la Universidad de muchas maneras. Un modo fecundo de tratar el problema consistiría en lo siguiente: por una parte, ver la institución universitaria en el contexto de la época moderna; por otra, observar que nuestras universidades -insertas en el ámbito moderno-, tienen como una de sus metas fundamentales el **modernizarse cada vez más**.

No sería oportuno entrar ahora en el debate acerca de la modernidad y de la postmodernidad en forma directa. No obstante, algunos puntos de esa discusión -que hoy se encuentra en primer plano-, irán saliendo a nuestro encuentro en el desarrollo de estas reflexiones.

Se dice en varios círculos intelectuales que la modernidad está finalizando; sin embargo, sólo podríamos aceptar que esa supuesta extinción ocurre exclusivamente en tales círculos -y en otros semejantes-, con la fuerza que hace imaginar ese aserto. El núcleo de las sociedades occidentales sigue siendo moderno. Más aún: cabe afirmar que en nuestro tiempo la modernidad está en su apogeo, habiendo, frente a ella, meras reacciones débiles **en el plano propiamente colectivo**.

Para evitar equívocos, debo decir que en mi planteamiento, «época moderna» equivale a «era técnica». Siguiendo a Heidegger, dejamos establecido que la era técnica «surgió primero en el siglo XVII y en Europa y sólo en Europa. Durante largo tiempo el resto del globo la desconoció. Les fue totalmente ajena a las anteriores épocas y al destino de sus pueblos». La situación actual es, por cierto, totalmente distinta respecto de la del siglo XVII. En efecto, la relación fundamentalmente técnica del hombre respecto del Universo se derramó, desde Europa, en todas las direcciones. Es posible afirmar, por tanto, que hoy todo el planeta vive, prácticamente, en una era tecnológica. Algunos rasgos de la época de la técnica moderna -esto es, de nuestro tiempo-, son «la funcionalización, la perfección, la automatización, la burocratización, la información» .



Las universidades -y también, claro está, las hispanoamericanas- son instituciones que discurren bajo el pregnante sello de la **tecnología**, entendiendo esa palabra en el sentido indicado -es decir, el de Heidegger-. Esto implica varias consecuencias, algunas de las cuales someteremos a análisis a continuación.

La concepción del hombre que subyace en el funcionamiento de las universidades actuales -congruente con la época técnica en que existimos-, lo comprende, predominantemente, como animal del trabajo (**arbeitendes Lebewesen**, **arbeitendes Tier**), como material humano (**Menschenmaterial**) y como señor de la Tierra. Antiguas definiciones antropológicas son parcial o totalmente desplazadas; en cualquier caso, **de hecho**, no cuentan. Por ejemplo, el hombre como viviente que posee **lógos** -es decir, palabra-, el hombre como creatura hecha a imagen y semejanza de Dios, el hombre como ingredientes de una estructura que lo contiene dentro de sí, y de la que no puede disponer a voluntad.

Aunque no siempre sea esto evidente, la idea del hombre que funciona como supuesto de las universidades modernas determina sus metas, su estructuración y, en general, todas sus dimensiones.

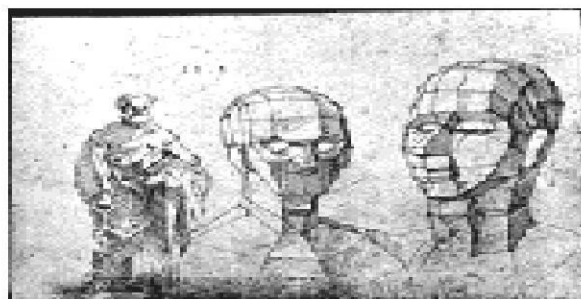
Por lo pronto, el carácter radicalmente técnico de nuestra época tiende a constituir a la Universidad como un dispositivo tecnológico semejante a una fábrica, una factoría, un complejo industrial, una entidad financiera. La gestación, la gestión, las relaciones humanas dentro de ella, propenden a igualarse con las de los demás dispositivos tecnológicos de la sociedad. Poco a poco, la Universidad va dejando de ser un poder espiritual -a veces, decisivo- dentro de la nación. El concepto de Universidad como **alma máter**, madre nutricia, pasa a segundo plano o se desvanece por completo.



La institución tiene ahora la misión básica de formar al animal del trabajo, es decir, producir eficientes productores y, en consonancia con ello, buenos consumidores. Para alcanzar este objetivo, los universitarios son adiestrados, ante **todo**, en el pensamiento técnico, calculador o computante, entendiendo estos calificativos en sentido amplio. En efecto, este tipo de pensar no se reduce a operar con números o a manejar aparatos de cálculo automático; va más allá y abarca todos los sectores de la realidad. Heidegger lo caracteriza, de manera apretada, en estos términos: «Su peculiaridad consiste en que cuando planificamos, investigamos, organizamos una empresa, contamos ya siempre con circunstancias dadas. Las tomamos en cuenta con la calculada intención de unas finalidades determinadas. Contamos de antemano con determinados resultados. Este cálculo caracteriza a todo «pensar planificador e investigador. Semejante pensar sigue siendo cálculo aún cuando no opere con números ni ponga en movimiento máquinas de sumar ni calculadoras electrónicas. El pensamiento que cuenta, calcula; calcula posibilidades continuamente nuevas, con perspectivas cada vez más ricas y a la vez más económicas».

A través del adiestramiento en el pensar computante, el animal del trabajo -esto es, el hombre-, se convierte en un material humano apropiado para rendir el máximo en el proceso de la producción, proceso que, en los días que corren, hace de hilo conductor de nuestra existencia histórica. Así como otros establecimientos de enseñanza preparan una «mano de obra» eficiente, las universidades se encargan de los «cerebros de obra». A través de uno u otro camino se llega a lo mismo: a ensamblar eficaces equipos de «material humano».

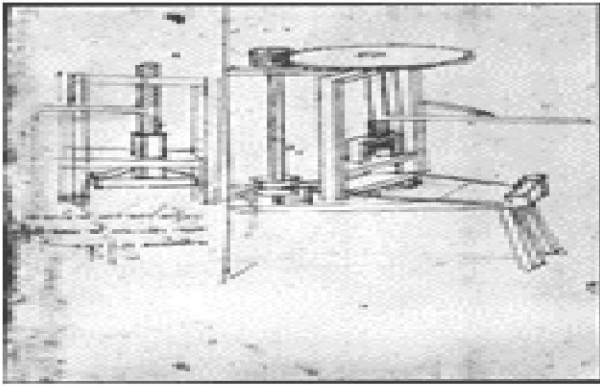
Pero el pensamiento calculador tiene otros rasgos. Uno de ellos induce al hombre a adoptar actitudes despóticas frente a la naturaleza y frente a sí mismo. Como se ha dicho en innumerables ocasiones -aunque sin descender, en la mayoría de los casos, hacia un terreno filosófico-, la conducta del hombre moderno ante su contorno natural es la de un depredador. Los ríos y los mares, las montañas y desiertos, el suelo y el aire, la fauna y, particularmente **él mismo**, son convertidos por el hombre de la técnica en parámetros de su proyecto de conquista y explotación incondicionadas de todo lo real.



Hay múltiples fenómenos, bien precisos, que ilustran lo que digo. Todos conocemos los peligros entrañados en la construcción de una central hidroeléctrica en una corriente de agua, o los que conlleva la eliminación de desechos en los procesos industriales, o los que están ínsitos en el transporte marítimo del petróleo, o en la utilización de la energía atómica con fines pacíficos. Todos sabemos también que estos peligros que nos amenazan no han sido suficientemente controlados, ni parece que lo vayan a ser en un futuro próximo, **a pesar de la férrea voluntad que poderosas organizaciones** ponen en lograrlo. El presunto señor de la Tierra -el hombre moderno- no lo es tanto; a veces, y por doquier, tropieza con sorprendentes reacciones de aquello que quiere dominar -la naturaleza-, reacciones que lo dañan y desconciertan. El proyecto de Bacon -obedecer a la naturaleza **para ponerla al servicio del hombre** -, junto a un brillante anverso (que podemos y tenemos que reconocer plenamente como tal), está mostrando un oscuro reverso.

En correspondencia con la concepción del hombre y la interpretación del pensamiento dominantes en nuestra época -y, por tanto, **dentro de las universidades**-, predomina hoy una posición axiológica que pone como valor supremo la eficacia incondicionada en el funcionamiento de los dispositivos tecnológicos - **entre los que se incluye, como uno más, la universidad** -. Este «valor supremo» exige el ejercicio deliberado y sistemático de la competitividad con los otros y con uno mismo. Eficacia **incondicionada** y competitividad a **ultranza** se erigen como criterios últimos de jerarquización, ordenación y evaluación de los dispositivos tecnológicos -uno de los cuales es la universidad- y de sus componentes -entre los que está el hombre, como material humano. Por cierto, esta situación axiológica -que reina en la universidad y que se potencia a través de ella-, choca frontalmente con casi todas





las tablas de valores que se han propuesto **explícitamente** en la historia de la Humanidad. Al respecto, baste con recordar la difundida postura de Max Scheler, dentro de la filosofía, o la que hallamos en los evangelios, en el ámbito de la religión.

\*\*\*

Todo lo que, en lo anteriormente expuesto, parece ser peyorativo, no lo es en verdad. Tampoco hay en lo dicho una crítica moral a los que participamos en la organización de los dispositivos tecnológicos universitarios o a los que, simplemente, forman parte de ellos. Nuestras conductas, en cuanto universitarios, se limitan a **corresponder** y a **obedecer** al «espíritu del tiempo», el cual, hay que advertirlo, es insoslayable en primera instancia y, tal vez, en varias más. No está en nuestra mano -ni en la de ningún hombre o grupo humano-, sustraernos por completo al sello radicalmente técnico de la época que nos ha tocado vivir. Al describir algunos rasgos epocales de las universidades no se están repartiéndose culpas. La misión tecnocrática que, de hecho, ha asumido la universidad actual, no es responsabilidad de nadie determinado. Se trata de algo que responde a las corrientes más profundas de la marcha histórica de Occidente.

¿Debemos, pues, aceptar, sin más, que el sello técnico de la universidad contemporánea determine todo lo que a ella atañe? ¿La organización de las facultades, las relaciones interpersonales o de grupos, los programas académicos, los planes de estudios, la asignación de presupuestos tendrían que plegarse dócilmente a la impronta técnica de las universidades modernas? No creo que así sea. ¿Qué se requeriría, entonces, para que la universidad vuelva a ser -sin radicales restricciones, como ahora-, el alma máter, la madre nutricia que alguna vez fue? ¿Qué se necesitaría para que las universidades vuelvan a constituirse en un genuino y acep-

tado «poder espiritual»? ¿Qué habría que hacer para que estos dispositivos tecnológicos formaran hombres cultos, seres humanos que estuvieran, en el más pleno sentido de esta expresión, **a la altura de los tiempos** ?

Sería presuntuoso de nuestra parte querer presentar algo así como una fórmula que, mágicamente, «retrotrajera» a la universidad a su auténtica esencia -en vez de «retrotraer» podríamos hablar de **proyectar**, ya que **no** se trata de sugerir ninguna «vuelta atrás»-, y la albergara frente a las des-composturas introducidas en ella por la tecnología, es decir, por la metafísica de la era atómica. No obstante -siguiendo a Heidegger-, podemos sugerir algunos caminos a través de los que podría avanzar hacia lo prístino de la universidad.

Por lo pronto, tendría que alcanzarse una comunidad lingüística mínima que permitiera entenderse cuando se habla de los asuntos universitarios, La fragmentación de la universidad -que ha dado lugar a una situación babélica respecto de ella-, fue puesta de relieve por este pensador ya en 1929, y reiterada por él mismo en ocasiones posteriores, cuando se le interrogaba sobre la misión de la universidad. En la conferencia **¿Qué es metafísica?** decía: «Los dominios de las ciencias están muy distantes entre sí». El modo de tratar sus objetos es radicalmente diferente. Esta dispersa multiplicidad de disciplinas se mantiene, todavía, unida gracias tan sólo a la organización técnica de las Universidades y Facultades, y conserva una significación por la finalidad práctica de las especialidades. En cambio, el enraizamiento de las ciencias en su fundamento esencial se ha perdido por completo». Superar el desarraigo de las ciencias y su falta de unidad implicaría, me parece, dirigir una primera y decisiva mirada hacia la filosofía, para buscar allí el lugar de inserción de cada una de ellas en su fundamento esencial, de tal modo que -más allá, o más acá, de las discrepancias que pudiere haber al debatir sobre la universidad-, un economista y un filólogo, un historiador y un físico, un jurista y un fisiólogo, un matemático y un lingüista, un pintor y un geógrafo se comprendieran en lo básico. Como me indicaba un respetado amigo -experto tanto en el plano de los principios como en los de la efectiva organización y orientación de la universidad-, sin alcanzar una comunidad en el lenguaje - que supondría la vigencia de una experiencia común-, el diálogo intrauniversitario se torna imposible o inútil.

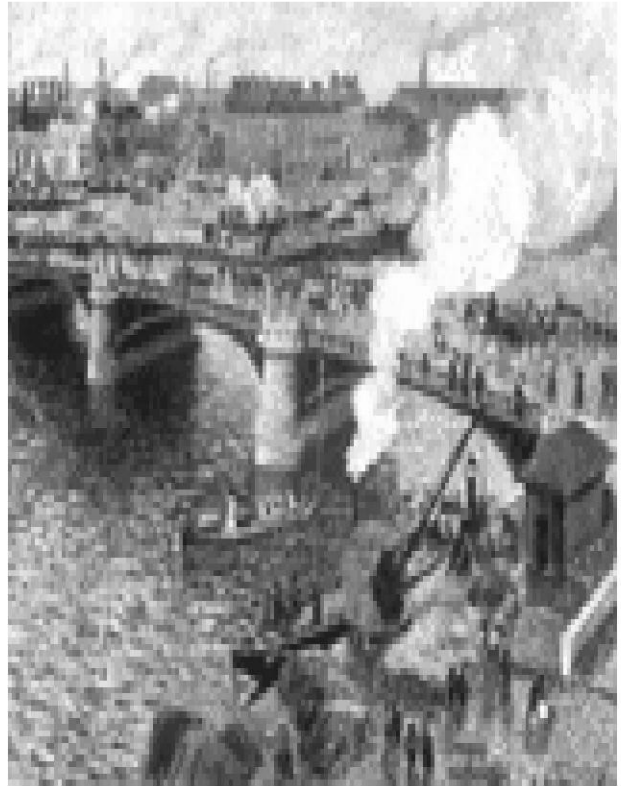


Por cierto, la conversación entre la universidad y sus interlocutores externos ostentaría en esa situación -que es la que estamos viviendo-, esas mismas características **acentuadas**. (No se me ocultan las dificultades -tal vez insuperables en lo inmediato-, que obstaculizan el camino hacia la comunidad de experiencia y de lenguaje a la que aludo. Espero referirme a ellas en otra ocasión).

Luego -o, más bien, **simultáneamente**, puesto que hay un vínculo primordial entre lo que he planteado antes y lo que digo a continuación-, habría que recordar y asumir enérgicamente el carácter multidimensional del hombre. Éste no es sólo, ni principalmente, animal del trabajo, material humano -mano de obra o cerebro de obra-, o déspota de lo real en su totalidad. Ante todo, es también -y con esto no pretendo agotar la esencia del hombre-, el viviente **poseído** por el *lógos* -más bien que «poseedor» de la palabra-, es alguien único de dignidad superior, es un ser limitado y finito -y este rasgo lo asemeja a todas las demás realidades-.

Empuñar con la debida fuerza la multilateralidad del hombre exigiría, pues, entre otras cosas, cultivar la palabra en su más alta manifestación, esto es, como poesía, entendiendo este término en su más amplio y elevado sentido, que incluye tanto a la filosofía -la protopoesía - como a la literatura. Exigiría, también, equilibrar el ejercicio del pensar computante -que pretende erigirse como la única manera de pensar válida-, con la puesta en juego de un pensar que llamaremos **meditativo**, el que no se limita a calcular con vistas al éxito, sino que discurre tras el **sentido** de todo acontecer. Exigiría, además, que el hombre cuide y proteja las realidades que le rodean, a sus semejantes - mortales, como él-, y a sí mismo, desplegando un fervoroso respeto por todo ello, y «renunciando» a implantarse como amo **irrestringido** de cuanto hay.

Si ocurriera esa transformación en lo que -de manera lata- podríamos denominar «supuestos antropológicos» de la universidad, acaecería un vuelco axiológico en la base de la institución. Los valores supremos no serían ya la eficacia **incondicionada** de los dispositivos tecnológicos ni su competitividad **a ultranza**, sino que tales valores - **en la medida en**



**que lo sean** -, tendrían que conjugarse con otros y supeditarse a ellos, como la solidaridad y la serenidad, entendiendo este último vocablo en el sentido que le asigna Heidegger, es decir, como una actitud en virtud de la cual nos insertamos **convenientemente** en los dispositivos tecnológicos, evitando que la mecánica de su funcionamiento nos dañe, nos aplaste, nos triture o nos devaste.

Luego de esa transvaloración, tal vez la universidad quedaría en condiciones de transfigurarse **-en la medida en que una institución social pueda llegar a ser algo así-** en un «poder no violento», tanto hacia dentro de ella misma como respecto del contorno colectivo que la envuelve, hacia el cual irradiaría la nueva postura estimativa. Así, también, la universidad -quizás ya digna de ese nombre **sin restricciones-** podría presentárenos de nuevo como factor decisivo, **en tanto poder espiritual**, de la marcha de la historia. Acaso había recuperado su más propia posibilidad, su misión más genuina.

**Jorge Acevedo**. Departamento de Filosofía, Universidad de Chile. Publicado en **Anales de la Universidad de Chile**, Sexta serie, N°2, Santiago, 1996. ■